

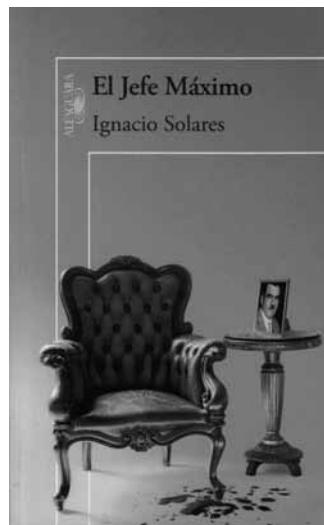
El Jefe Máximo, novela de Ignacio Solares

En la historia de las letras mexicanas, la Revolución y la etapa inmediatamente posterior: las transformaciones y rebeliones que se suscitaron de 1910 hasta la creación del Partido Nacional Revolucionario por Plutarco Elías Calles en 1929, han constituido un tema obsesivo en distintas generaciones de escritores. Ignacio Solares, preocupado por el pasado de este país, narra en *El Jefe Máximo* desde el modo en que Elías Calles se convirtió en Jefe hasta la etapa en que el ex presidente entra en decadencia tras su expulsión por la voluntad de Lázaro Cárdenas, quien nunca aceptó ser un títere más del Maximato.

Novela ágil, que nos atrapa desde el principio, *El Jefe Máximo* se abre con un ingrediente tanático: los trece cadáveres de la masacre de Huitzilac, perpetrada en octubre de 1927 por la mancuerna Obregón-Calles. Entre los asesinados en el camino a Cuernavaca se encuentra el general antirreeleccionista Francisco Serrano. Poco después de esta matanza, Martín Luis Guzmán se puso a trabajar en su célebre novela *La sombra del Caudillo*, publicada en 1929. Solares retoma este tema, inaugurado por Guzmán en la literatura, pero lo contempla desde la óptica de los autores intelectuales, desde la perspectiva del poder. Si Guzmán finaliza *La sombra del Caudillo* con la masacre, que el autor ubica en la carretera a Toluca, Solares, en cambio, empieza su novela con la imagen del general de brigada Claudio Fox, quien sale a la terraza del Castillo de Chapultepec para avisar al presidente Plutarco Elías Calles y al general Álvaro Obregón (presidente electo), que los trece cadáveres acaban de llegar: se les ha instalado en una pieza de los sótanos para que sean reconocidos. En cierto sentido, se trata de una especie de continuación, desde el

punto de vista cronológico, de la obra de Guzmán, pero en este autor se amalgaman dos hechos históricos diferentes y se cambian los nombres de los políticos y militares; asimismo, hay un personaje totalmente ficticio, que no tiene equivalente en la historia (Axkaná González). En la novela de Solares, por el contrario, los personajes son todos históricos y conservan sus nombres reales. En ambas obras aparece el símbolo del ajedrez: en *La sombra del Caudillo*, antes de su captura, el protagonista Ignacio Aguirre (amalgama de Francisco Serrano y de Adolfo de la Huerta) se reúne con sus compañeros en un bar. Sobre una mesa hay un tablero de ajedrez. Aguirre dice a Olivier: “Probaremos quién gana: si los hilaristas o los radicales”. El inicio del juego hace que los demás se levanten de sus asientos y se acerquen a ver la partida. El ajedrez se relaciona con la lucha entre la luz y las tinieblas. El simbolismo del juego originario de la India es el combate entre la sombra (piezas negras) y la luz (piezas blancas): los espíritus maléficos o *rakshashas* y los dioses (*deva*). En la novela de Solares, se habla del “ajedrez político”, por ejemplo, en esta cita: “el Jefe Máximo tenía, de nuevo, manos libres para mover las piezas de su juego preferido: el ajedrez político”. Uno de los mensajes de ambas obras consiste en mostrar la amoralidad del poder, y que si éste se desea conservar, se debe incrementar, aun a costa de los demás, de la desaparición del enemigo.

Un detalle interesante es el anticlericalismo de Calles. Entre los episodios de *El Jefe Máximo* –siempre desde la perspectiva del poder (el mismo título es clave)–, se encuentra la guerra cristera. He evocado a Martín Luis Guzmán –chihuahuense como Solares– y su novela *La sombra del Caudillo*. Ahora me parece importante considerar otro aspecto que une a Guzmán con *El Jefe Máximo*. Ante el aniversario de la coronación de la Virgen de Guadalupe el 16 de octubre de 1945, Guzmán publica en su revista *Tiempo* el artículo “Semana de idolatría”. En el volumen II de sus *Obras completas*, se reproduce dicho artículo, en que el escritor afirma, entre otras cosas, lo siguiente: “el catolicismo niega la libertad de pensamiento, niega el libre examen y exige del hombre actitudes espirituales tan humillantes como la de consentir y tener fe en dogmas absurdos y la de aceptar prácticas destructoras de la personalidad humana, como la confesión auricular y la intromisión del sacerdote, supuesto representante de Dios, en la vida íntima de la familia”. A causa de este texto, la



Ignacio Solares, *El Jefe Máximo*, México, Alfaguara, 2011, 223 pp.

casa del escritor fue apedreada por fanáticos. Solares, conocedor de la historia de México y de la obra de Guzmán, sabe que el autor de *La sombra del Caudillo* fue enemigo de Plutarco Elías Calles, pero, haciendo uso de la libertad del género novelístico para jugar con la historia, pone en boca de su personaje Calles las palabras de Guzmán, comunicadas al fantasma del padre Pro, a quien el presidente había mandado matar. En *El Jefe Máximo*, afirma el personaje Calles que la doctrina de la Iglesia “se sustenta en el estancamiento y niega la libertad, niega el libre examen y exige del hombre actitudes espirituales tan humillantes como la de consentir y tener fe en dogmas absurdos, que van contra la razón, y en aceptar prácticas destructoras de la personalidad humana como la confesión y la intromisión del sacerdote, supuesto representante de Dios, en la vida íntima de la familia”. Nótese el juego de Solares, el guiño de

ojo al lector. Basta leer la dedicatoria manuscrita que Guzmán le puso al ejemplar de *La sombra del Caudillo* que le obsequió a Alfonso Reyes para darnos cuenta de la enemistad Guzmán-Calles: “Para mi querido Alfonso Reyes, cuyo nombre –de claros destellos– no merece figurar en el escalafón del bandidaje político que encabeza el traidor y asesino Plutarco Elías Calles”. Sin embargo –y lo hace notar Solares en su novela–, Guzmán y Calles coincidían, por lo menos en parte, en su apreciación sobre la Iglesia católica.

Los juegos intertextuales, a veces de forma explícita, convierten a *El Jefe Máximo* en una novela híbrida que, al intercalar o insertar citas textuales de obras históricas o de autobiografías (o memorias) de algunos de los políticos de aquella época, roza con el ensayo, sobre todo porque es la misma voz narrativa la que, en breves secuencias reflexivas, introduce esas citas textuales. Quizá Solares, en su “Nota” final, califica a su novela como una “novela-reportaje” debido a esta inclusión de citas que le otorgan a la obra –más allá de la verosimilitud literaria– una cierta veracidad histórica al alejarla por instantes de la sola interpretación. “Novela-reportaje” es una definición interesante, pues evoca también la sencillez, la fluidez, la claridad que todo texto informativo o expositivo (periodístico) debe poseer idealmente para llegar a un gran número de lectores, particularmente a los no especializados.

El reportaje siempre busca informar, exponer, mientras que la novela es ficción, implica mayor libertad creativa y le es permitido combinar distintos discursos. A diferencia de muchas novelas “en clave” (por ejemplo, la mencionada novela de Guzmán), en la de Solares prácticamente todos los personajes son extraídos de la historia. El Calles demasiado humano, reaccionario, anticomunista, que nos presenta el escritor, vive al final perseguido por sus fantasmas. Se le aparece el del padre Pro, quien se disfraza de otros personajes.

El Jefe Máximo se desarrolla más o menos entre 1927 y 1944, pero no de un modo cronológico, a manera de itinerario, sino alineal. Distintos episodios se despliegan: el asesinato de Pro, la mención del cambio a la Constitución para que Obregón pueda reelegirse, la matanza de Huitzilac, el asesinato de Arnulfo Gómez, el del mismo Obregón en el restaurante La Bombilla, las elecciones de 1929 y la masacre de vasconcelistas, el maximato con los presidentes-úteres Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez, la llegada de Lázaro Cárdenas, el exilio de Calles y, finalmente, su afición al espiritismo, sus fantasmas, su decadencia. Pero estos episodios no desfilan linealmente, sino en un orden más intenso, que incita al lector a la lectura. El narrador nos lleva de una anécdota o episodio histórico al encuentro de Calles con uno de sus fantasmas, o viceversa. El último fantasma en el que se disfraza el padre Pro es Francisco I. Madero, quien, entre otras cosas, le dice a Calles: “Si yo hubiera vivido durante su maximato me habría levantado en armas contra usted y contra los peles que puso de presidentes.”

Muchos escritores en la literatura universal se han sentido atraídos por alguna figura histórica, la han tratado literariamente o poetizado, y la han llevado al plano narrativo. Pienso en el clásico *Vidas paralelas*, de Plutarco (siglo I), y más recientemente, en novelas como *La muerte de Virgilio*, de Hermann Broch, y *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar. La novela de Solares no pretende poetizar un mundo desaparecido, como las de los autores anteriores, sino mostrarlo de una forma clara, concisa, que combina historia y fantasía. *El Jefe Máximo* es una reflexión en torno al uso y al abuso del poder político en México: lo que Martín Luis Guzmán llamaba “politiquería mexicana”, y sus consecuencias en la psicología de uno de los personajes más ambiciosos de nuestra historia: Plutarco Elías Calles.